

CON LOS LABIOS PEGADOS I de Rubén Arreaza

La mira con disimulo, atrincherado entre los titulares deportivos y las noticias de economía, recordando aquella lejana primera vez en que tuvo que esconderse detrás de un abeto, totalmente enmudecido por la luz que desprendía su silueta.

Hace como si estuviera leyendo, murmurando maldiciones y apurando el cigarro. Cada catorce minutos y catorce segundos exactos se levanta del sofá y camina hacia el reloj del aparador, golpea el cristal con impaciencia y lo limpia con la manga. Durante el pequeño trayecto de vuelta a su asiento rasguea fugazmente con la mirada su rostro, cabizbajo y concentrado en sus labores; baja la vista hasta el arrugado cuello y comprueba que su vestido conserva la perfecta blancura de hace tantos años.

Cuando vuelve a sentarse enciende un nuevo cigarro y pasa la página del periódico. Violencia de género, crisis migratoria, fichaje estelar en el Real Madrid. Muy pronto irá a hacer la cena. Cocinará algo del pescado que compró el sábado, y quizás lo acompañe con una ensalada de bolsa. Abrirá una botella de vino y beberán en copas con dibujos de flores. Entonces podrá mirarla desde la otra punta de la mesa mientras se acerca los trozos de pescado a la boca, y las migajas y el vino le empapan el vestido.

Recogerá la cena y encenderá la televisión. Se sentarán en sus respectivos sitios, él a la izquierda del cenicero, ella a la derecha del reloj; y verán una película cualquiera, probablemente francesa, pues a ella siempre le gustaron.

Una vez termine caminarán hacia la habitación y se plegarán bajo las sábanas. Él acercará la mano a la mesita y tomará las pastillas naranjas, ella las azules. Se quitarán las gafas, apagarán la luz y permanecerán en silencio, envueltos en un baño rojo y abrazados al aire.

Él soñará con los últimos fichajes, ignorando que el ángel tendido a su lado lo observa tímidamente desde un escondite hecho de cuerdas. Nunca ha dejado de recrearse en sus labios pelados